

HATILLO MI PEQUEÑO GRAN PUEBLO

Seudónimo: **Montespino**

PRESENTACION

Con esta obra pretendo rescatar y preservar para la posteridad parte de nuestra historia familiar perdida. Historia que comenzamos con nuestros ancestros viviendo más allá de las fronteras en un lugar perdido en el tiempo y que continúa en Panamá hace más de 200 años y luego cuando emigran a estas tierras un siglo después.

Aquí he recopilado sus vivencias transmitidas vía oral a través de generaciones. También, atisbando en los archivos del tiempo, he encontrado la huella del hombre desde sus inicios. He buscado en las crónicas antiguas, en libros, en leyendas y hasta mis cuadernos de estudios sociales, empolvados por ahí en un viejo cajón me han servido.

Reconstruir nuestra senda ancestral con pocos datos no ha sido fácil sobre todo si pretendo no salirme del contexto real. Puede que haya errores en fechas y algunos apellidos, pero la esencia en sí; cual es la fundación del pueblo de Hatillo por estos pioneros que llegaron de tierras y tiempos ya lejanos, está aquí tal como ocurrió, o como me la han contado. Por lo tanto quiero expresar mi más profundo sentimiento de gratitud, admiración y respeto y rendir homenaje a aquella raza casi extinta de hombres y mujeres, recios de montaña, hechos al fragor del hacha y el machete, de aguadulce y piso de barro pero pulcros como el agua que corría por las entrañas de su tierra.

Estas personas sabias aprendieron de la nada a dominar la selva y forjaron su futuro con lo que esta les proporcionaba, manteniendo intacto el equilibrio natural, y a la vez nos legaron su ejemplo de honradez y respeto, amor al prójimo, al trabajo y a su entorno.

Por ultimo quiero reflexionar a las nuevas generaciones sobre la necesidad de recuperar la Costa Rica que estos antepasados forjaron. La patria que todos necesitamos y añoramos y que estamos perdiendo por culpa de la ambición al poder y al dinero, a la apatía y al “porta a mí”.

DEDICADO

A FRANCISCO MONTENEGRO (MI PADRE)

Quise entregarte personalmente querido padre, ésta historia que usted ayudó a construir y luego a escribir. Pero un 29/10/15 desvió tu rumbo a tus 80 años y sin querer tuviste que irte hacia el destino eterno.

Hoy te lo entrego a la distancia para que sepas que hemos seguido adelante con la guía de tu ejemplo y la semilla que sembraste sigue dando la mejor cosecha.

CAPITULO I CONQUISTA Y COLONIZACION

1 Un poco de historia

Siempre se ha dicho erróneamente que antes de la llegada de Cristóbal Colón en 1492 a América, ningún hombre blanco ha venido. Por evidencia arqueológica encontrada en excavaciones así como en textos o leyendas muy antiguas o por costumbres y juegos antiquísimos muy similares practicados por pueblos distantes entre sí, hoy sabemos que el hombre apareció sobre la faz de la tierra hace aproximadamente 40.000 años y ha interactuado social, cultural y comercialmente desde el principio de su historia y se ha extendido por todo el orbe en el transcurso de los siguientes milenios.

Se debe mencionar que los indios americanos no son oriundos de éste continente pero sí fueron los primeros en llegar hace unos 15.000 años, provenientes de las islas Polinesias del Pacífico Sur, algunas tribus de África y también Vikingos del norte de Europa que eran magníficos navegantes. Por lo tanto se les debió considerar y respetar como los verdaderos dueños históricos de América.

En lo que concierne a nuestro relato es hasta el año 1523 cuando el conquistador Español Gil González Dávila, desembarcó cerca de la boca del río Térraba y acompañándose de una docenas de hombres y con la guía de algunos indígenas locales, realiza la primera travesía caminando y explorando toda esta zona costera pacífica hasta el golfo de Nicoya. Tarda casi un año en el recorrido y menciona en sus escritos la existencia de un gran pueblo indígena llamados los Queipo o Quepoa con los que establece cierta falsa amistad para sus futuros propósitos.

Estos lugareños habitaban en pequeños y grandes poblados dependiendo del rango de las personas de cada lugar y su territorio se extendía desde las márgenes del río Barú hasta muy cerca del río Tulín en garabito y la sierra costera montañosa era el límite norte.

Pocos años después de este primer recorrido, Juan Vásquez de Coronado y otros aventureros realizan exploraciones similares y coinciden con Gil González de la gran riqueza en oro, tierra y alimentos de éstos pacíficos y hospitalarios habitantes. La avaricia y ambición no esperó, se inicia a partir de éste momento casi en toda América, una de las etapas más crueles en la mal llamada conquista o colonización.

Con el pretexto de evangelizarlos y educarlos, estos aborígenes fueron despojados poco a poco de sus legítimas tierras. Sometidos al dominio de la corona española, obligados a trabajos esclavos sin paga, obedecer jefes que nunca han visto, respetar leyes que no entienden. Las mujeres separadas de sus familias y obligadas a sirvientas sexuales o domésticas. Muchos se suicidan o mueren de hambre, en batallas desiguales o contagiados por enfermedades foráneas. Algunos huyen a la selva en donde nunca más se les vuelve a ver. Todo fue vilmente saqueado, hasta los penachos de plumas ceremoniales fueron exhibidos tiempo después en algún museo como trofeo o muestra del poderío de la conquista.

Toneladas del oro robado a los indios fueron transportados en barco a Europa en esos años, lo que dio origen a otra plaga: los piratas, pero esa será otra historia.

En poco más de un siglo, la otrora gloriosa civilización fue exterminada. En 1746 sobreviven uno pocos descendientes dispersos, solitarios tristes y empobrecidos. El gobernador de la época Fray Juan de Montoya ordena capturarlos y repatriarlos a la reserva de Boruca. Fue como cazar animales salvajes relatan las crónicas.

Ahora viene la mal llamada colonización: A sabiendas de las riquezas de la zona y con la ilusión en mente de la leyenda del Dorado, se desató una oleada de aventureros saqueadores y mercenarios con un solo objetivo: oro, fama y fortuna. Poco de eso encontraron, ya todo había sido saqueado en la anterior etapa. Mermó entonces el interés de las personas por éstas tierras, excepto algunos viajes de exploradores, ocasionales o comerciantes que usaban el área como paso para llegar al “camino de las mulas” que fue la única ruta de la época que comunicaba Cartago con Panamá.

2 Primeros habitantes (nace el pueblo)

Por la evidencia arqueológica encontrada, sabemos que en Hatillo hubo varios caseríos de estas tribus indígenas. Se encontraron objetos en barro como tinajas, animales y metates en piedra y adornos en oros y jade en lugares como Palma Quemada, La Guápil y alrededores de la Piedra Amarilla.

Después de la tristemente célebre conquista no es sino hasta la segunda mitad del siglo XVIII cuándo se tienen reportes de habitantes costeros ocasionales y gente interesada en establecerse. Aquí, los primeros grupos no indígenas se ubican como a 200 metros al sur de la escuela sobre el actual camino hacia la playa posiblemente para abastecerse de las aguas de una quebrada que hubo ahí y para vivir cerca de su principal centro de abasto de alimentos que es la costa. A este lugar se le llamó barrio los pescadores y El Mangal posteriormente.

Entre éstos primeros habitantes están un chiricano llamado Juan Salazar con su familia. No obstante este menciona que ha habido otras personas anteriormente. También está un indio curandero Panameño de nombre Nico Quintero junto a su esposa Delia Zapata. Procrearon varios hijos entre ellos Marcelina quién después se casó con Andrés Montenegro, hijo de otro pionero.

Paulina se casó con Chavelo Ríos. Irene se casó con Ramón (Moncho) Sandoval y las más jóvenes Virgilia y Clementina. También llegaron en estas fechas Simón Leiva y sus hermanos. Rafael Lezcano y sus hermanos. Pitti y Feliciano Espinoza quienes afincan de momento en Barú. Rafael y Patrocinio Martínez. Todas estas personas ya forman un numeroso poblado. Arman sus ranchos con maderos y techo de Palma en claros que abren en medio de la selva. Posteriormente ya más establecidos, preparan artesanalmente maderos para reemplazar sus rústicas viviendas por casas montadas sobre pilotes. Este insipiente poblado marca el nacimiento del pueblo, aún sin nombre.

3 Primeras Migraciones.

Rafael Lezcano

Altivo y galante indio chiricano, producto del mestizaje no parece aborigen, lleva también sangre y apellido Español. Hulero de profesión, llegó a estas tierras por error; se le había informado que encontraría árbol de hule, cosa que no era así.

No obstante echó sus raíces y sembró su semilla aquí. Nativo del Breñon Chiriquí, sabe que existe una ruta establecida por los migrantes anteriores por la costa y al final por la montaña; pero no la usa por dos razones: Hay constantes patrullajes y detenciones principalmente del lado Panameño por los problemas de límites sin definir, además, lo que el busca son selvas con materia prima para su profesión.

Su aventura entonces la inicia en Burica donde se embarca en Bongo rumbo a Sierpe, una vez ahí continúan a pie por la margen derecha de lo que parece el río o los manglares. Le acompañan su mujer Celina Villegas con su pequeño hijo Leonardo sus hermanos Simona, Eulalia, Eligio y Eliodora, también vienen Chavelo Ríos y Mincho Leiva, Francisco, Lucía y Patrocinio Martínez.

Algunos vienen con todos sus chunches, perro incluido, porque su objetivo es quedarse donde encuentren condiciones para ello. Están en los inmensos pantanales de la boca del río, para llegar al área boscosa que divisan a lo lejos caminan varias horas evitando las lagunas con la ayuda de los caballos. Al atardecer, ya cansados se detienen e improvisan con mantos y maderos, un rancho para pernoctar. La cena es carne seca de saño y aguadulce. Al ponerse el sol, las mujeres y los niños se acurrucan en el centro, tapados con sacos y sobre mantos de cueros fabricados por Francisco que es cazador y curtidor de pieles.

Los varones se acuestan alrededor y se turnan para vigilar y mantener el fuego encendido. Esa noche llegó un tigre al campamento y por más ruido que se hizo, no se va, está hambriento y posiblemente lo atrae el olor a carne humana. Con garrotes, machetes y dos escopetas nos paramos alrededor de la fogata sin saber a qué nos enfrentábamos porque el animal no se deja ver. Solamente se escuchan sus pasos sigilosos en la hojarasca y el tenebroso gemido de los perros. Al final atacó a uno de los canes y por suerte lo matamos de tres tiros.

El resto de la noche casi nadie pudo dormir, el nerviosismo y un aire de nostalgia invadieron el campamento, algunos querían regresar. Don Rafael tuvo que imponer su liderazgo para calmar a su gente. Regresar solos y sin provisiones es aún más peligroso que seguir.

Al amanecer arrancan los mantos del rancho y continúan el viaje. Francisco se queda un poco rezagado junto a Simón para sacar el cuero del animal. Luego de un día de caminar llegan a orillas del río, nuevamente levantan la tienda y encienden más fogatas para prevenir otro ataque. Además, han visto grandes cocodrilos descansando en el playón cercano.

Y tal como temían los viajeros, en la madrugada, uno de estos atacó a los perros. La pelea era muy desigual, los canes atacaban por la cola y su rival de un solo giro los hacía volar por los aires y malheridos se acobardaban. Nuevamente la pericia y puntería de Don Francisco, acabó con el animal.

Al igual que la noche anterior, nadie durmió más, pero esta vez fué porque en la pelea se levantaron unas chispas y quemaron parte de la tienda y pertenencias. Nadie se atrevió ir al río

por agua esa noche. Al amanecer, se pela el lagarto y todo es aprovechado, carne, cuero y manteca.

Don Rafael el líder del grupo, apura la marcha, sabe que están retrasados, pronto caerán las primeras lluvias de invierno y ahora más que nunca necesitan reponer lo que se quemó. Caminan una hora más hasta que encuentran un grupo de indios pescando en sus canoas en el ancho río. Estos le confirman lo que buscaba; más arriba cercano a las montañas que divisan a lo lejos, hay un pueblo llamado Paso Real.

Los aborígenes los ayudan a cruzar y los guían a su pueblo, a donde llegan unas horas más tarde. Allí fueron bien recibidos por el cacique indio y su gente. Este designa a su nieta como anfitriona y guía de los visitantes..... llamada Pascuala, impacta por su dulzura, juventud y belleza, habla español mezclado y lleva el linaje en su apellido producto de una relación de su madre con un conquistador.

Los cansados viajeros acampan durante tres días, exploran y se abastecen. Se forjan nuevas amistades y quizás el amor.

Don Rafael decide que ya es tiempo de continuar. No ha encontrado el árbol que busca pero abrió el camino para después volver. Algunos se quedan en la siembra del cacao y frijoles.

La hermosa joven de largo y ondulado cabello azabache los despide. Al dirigirse al apuesto visitante chiricano, el brillo de sus ojos desnudan sus deseos: --regresa pronto le dice -yo no quiere casar con indio porque este es vago y no deja mujer salir. -Volveré contesta Rafael y se marcha con un nudo en su garganta. Ella no sabe que está casado y que también es indio. Que habrá pasado entre ellos en esos tres días anteriores, nadie lo sabe, solo él y ella.

Los viajeros continúan su camino después del merecido descanso. En esta parte el trayecto es menos penoso que el anterior, los ríos son más pequeños y accesibles. Hay grandes llanuras de pastizal natural pero no tan fangosas como las de sierpe. También hay inmensas zonas boscosas pero no tan húmedas como las del Térraba. Hay más caminos de acceso y población alrededor. En poco más de cinco días de caminata llegan por fin a Uvita. Aquí se encuentran con algunos coterráneos que han venido en migraciones anteriores y les extienden la mano.

Don Rafael está contento porque ha traído su gente sana y salva hasta el lugar planeado, pero un aire de melancolía y de incertidumbre lo invade. No ha encontrado bosque con suficiente hule para explotación comercial y además no borra de su mente la imagen de la hermosa india que lo cautivó allá en Paso Real. Aquí se instalan y trabajan un tiempo en labores agrícolas comerciales y pesqueras. Luego como todo ser humano con necesidades y gustos diferentes; el grupo comienza a desgranarse.

Mincho y Simón Leiva, emigran a la pequeña comunidad del Silencio. Los hermanos Francisco y Lucía Martínez compraron un terreno cercano al río Hatillo Nuevo y ahí forjan su finca.

María Eliodora y Eulalia se instalan a orillas del río Savegre. Eligio se casó en Uvita con la hija de un emigrante anterior. Simona se afincó en Barú junto a Brigido Cascante y procrearon a Cristino (Mi abuelo paterno).

Rafael ya separado de su primera mujer, no se quedó con las ganas, volvió a Paso Real y regresó con Pascuala. Había comprado un terreno en los alrededores de la gasolinera actual. Aquí, se establecieron y procrearon varios hijos: Eustaquio, Andrés Reyes (mi abuela Materna) Cristina, Margarita, Francisca, Marcelina y Pilar.

Aniceto Arauz

De pequeño, recuerdo verlo sentado en la mecedora del corredor de su gran casona de madera sin pintar. Los más niños lo llaman abuelito, los muchachos lo llaman papá y los mayores le dicen con respeto Don Cheto, como me gustaba compartir con él. Me da sin proponérselo una lección de hombre auténtico y cabal en cada conversación.

Recuerdo que una vez le hice una pregunta necia:

-Abuelito ¿usted tiene enemigos?

Y valla que si los tenía.

-Soy enemigo, me dijo de la vagancia, de la pereza del ignorante y del sinvergüenza.

Me dejó simplemente sin palabras.

Una tarde de invierno mientras esperábamos en el corredor de su casona que mermara la lluvia para ir a amarrar los terneros; me desgranó retazos de su historia campesina. Huérfano de madre y con un padre casi ausente, vivió la dureza de la vida bananera en el bucólico Golfito de aquellos años sin oportunidad de conocer siquiera una escuela.

Llegó a estas tierras del brazo de su padre Isidoro Ibarra en una fecha perdida en el tiempo. De su madre no sabe más que el nombre: Nicasia Arauz, pero ya no venía con ellos.

Se instalaron a orillas del río Savegre para trabajar como peones en la finca agrícola-ganadera de Mincho López. El niño Aniceto, hacía las labores de la casa, cultivaba la huerta, pescaba hermosos sábalos, machacas y robalos, cazaba animales y aves en el bosque.

Había abundancia de carne recuerda: De pronto, sus ojos se inundan, y con la mirada perdida en el recuerdo me dice, que su padre enfermó, fue traslado a Puntarenas al Hospital. Nunca más se supo de él; no se sabe si murió o si regresó a su natal Nicaragua.

El niño fue acogido por su patrón como un hijo más. Aquí creció y con su paternal guía Don Mincho forjó un hombre de bien. Aprendió a crear y domar animales, a labrar la tierra, a aprovechar, cuidar y aprender de la naturaleza. Conversador refinado y amante del buen trato con los demás, conoció el duro arte del comercio arriando chanchos a Dominical, San Marcos o Pérez Zeledón.

Aún muy joven comienza a destacar por su liderazgo y capacidad intelectual. Por su trabajo en el comercio de animales viaja mucho a San Antonio de Térraba donde ha forjado grandes amigos. Tal es su don de gentes que aquí se le nombra “Juez de Paz” durante las festividades de fin de año. En este pueblo indígena en un 70% perfeccionó el arte de la medicina con

mantecas de animal y hiervas. Posiblemente también alguna lugareña había secuestrado su corazón porque regresó muchas veces a esta tierra.

Y es que Don Cheto como cariñosamente se le decía también aprendió el arte bohemio de conquistar mujeres. En uno de sus tantos viajes, conoció en Barú a Umbelina, la hija ya huérfana de Feliciano Espinoza. Sin planearlo mucho unieron sus vidas y se fueron a trabajar juntos a la finca de Agathón Luths a orillas del río Naranjo. Allí en medio de las Penurias de la época nacieron sus primeros hijos Nicolás (colachito), Rosa, María Elena y Juan cc/ Juan Arauz y Marcial (tabaco).

Diestro en el arte de arrear chanchos, fue ascendido en su trabajo y recorrió nuevamente toda esta zona en compañía de Agamenón Borge comprando grandes cantidades de animales para su patrón. Tiempo después fue trasladado con su familia a administrar una finca en San Marcos Tarrazú. Allí nacieron Feliciano (mi madre) y Evangelista. Pero las condiciones inhóspitas del lugar y el frío del clima enfermaban mucho a los niños y decide regresar. Esta vez directo a Hatillo.

Pitti y Feliciano Espinoza

Estamos a principios del siglo XIX aquí en el Alto Dolega Chiriquí la vida es campesina, sencilla y dura, no hay fuentes de trabajo; el gobierno tiene en el olvido a estas empobrecidas regiones, ningún funcionario estatal los ha visitados ni para pedir votos.

Don Pitti y Feliciano tienen una numerosa familia que mantener. Gestan desde tiempo atrás la idea de emigrar en busca de un mejor lugar donde crecer sus hijos. Han oído hablar que en Costa Rica después del río grande muy al norte en la costa pacífica hay tierra libre virgen y fértil.

Muchos paisanos han emigrado hacia allá y si no han regresado es porque les ha ido bien, algunos de sus hijos no están de acuerdo, no quieren dejar su pueblo y amigos a cambio de una aventura incierta y riesgosa. Además, se dice que en la capital va a haber fuentes de trabajo cuando se termine la construcción del canal, lo cual mejorará la economía de todos.

Uno de los hijos mayores es Carmen, está en la prisión de Isla Coiba con su hermano Fabio purgando un delito menor (fábrica de licor). Sobornan algunos guardas y escapan en Bongo hacia Costa Rica.

Este es el impulso que necesitaban Pitti y Feliciano para decidirse. Rápidamente empacan lo necesario y se van al amparo de la noche para no ser vistos. Les acompañan Simón, Florencio, Nicho y Juan Leiva, vecinos todos de un pueblo cercano a las faldas del volcán llamado Gariché. Ahora más que nunca necesitaban salir cuanto antes de esta tierra. Es posible que con la fuga de sus familiares haya represalias policiales contra ellos. El recorrido es largo y penoso, con la ayuda de caballos tardan dos días para llegar a la costa rodeando los caminos para no delatar su presencia. No obstante la ruta hacia el norte entre el mar y la montaña es la misma y tomar otro rumbo sería fatal.

Un lugar de destino y abastecimiento es Paso Real, Don Pitti envía algunos emisarios para despistar y continua con su familia completa hasta Uvita y unos días más hasta Dominical y

Barú en donde adquieren unas hectáreas de tierra en la margen del río. Con la ayuda de sus hijos construye un gran rancho con maderos de la zona y techo de palma amarrados con bejuco porque todavía no se consiguen clavos.

Siembran la tierra con semilla que han traído de Chiriquí, el bosque les brinda la carne de pavón, zaino y danta. El mar les provee de una gran variedad de mariscos y la sal la obtienen hirviendo el agua de este. Del conocimiento ancestral de hierbas medicinales obtienen la salud. Todavía no conocen un médico. Con el tiempo ya han cosechado caña y extraen su dulce jugo en trapiches contruidos artesanalmente. También ya tienen chanchos y gallinas y algunas reses, son autosuficientes, lo que sobra es para intercambio y comercio.

Ya ha pasado el tiempo y aunque parecen lejanos esos primeros años, la vida sigue siendo sencilla y dura. El pueblo ha aumentado con otras migraciones, Don Pitti ya no está. Sus hijos han crecido. Feliciano muere y es enterrado en el cementerio local. Sin su líder, la familia se desgrana. Umbelina se casa con el joven comerciante Aniceto Arauz y se van a vivir a Naranjo.

Doña Magdalena la mayor tiene un hijo adolescente engendrado en Panamá llamado Gustavo. Recién inicia una relación con un botero carpintero Abangareño de nombre Matías Orozco. Producto de esta relación nace Lencho. Los otros varones hijos de Pitti y Feliciano; Carmen, Margen y Serafín aún jóvenes han adquirido tierra en Hatillo y la Guávil y están trabajando juntos. Su otro hermano Fabio muere asesinado tiempo después en Savegre.

Luego de estas migraciones chiricanas hubo varias, no menos significativas. En algunos vinieron varias personas en otras solo un migrante. Algunos se han quedado para siempre aquí, otros han seguido hacia otros rumbos.

Pero esa es la naturaleza del ser humano; nacidos a partir de una sola semilla que se ha reproducido y se ha extendido colonizando el mundo a través de los milenios. Algunos se establecen y dan nacimiento a los pueblos, otros continúan migrando. Pero así ha sido y será siempre. Hoy hemos poblado la tierra y ya la estamos colapsando. Pronto tendremos que migrar más lejos a colonizar las estrellas...

4 Primeras Familias

Familia Lezcano Montenegro

Recordemos que Pascuala Montenegro, la humilde y hermosa india de Paso Real, se casó con Rafael Lezcano ya entrado en años y su nombre rápidamente se pierde en la historia pero su descendencia es numerosa y vivieron en diferentes lugares entre Hatillo y Barú.

Reyes, que juntó con su primo Cristino procrearon a Francisco (mi padre). Benedicta Faustina y China.

Cristina, juntó con el inmigrante Tista Santamaría vivieron en Matapalo y Hatillo. Procrearon a Ramona Modesto, Marciano (Chano), Juan (Juanico) y Luis (Guicho) estos dos últimos hijos de un segundo matrimonio.

Eustaquio, juntó con Candelaria Quintero hija de otro migrante.

Andrés, juntó con Marcelina Quintero, procrearon 4 hijos. Jovial y parrandero murió trágicamente aún joven lo que se convierte en el tristemente primer homicidio de la zona.

Marcelina, juntó con Mellino Villegas, procrearon a Eduardo y Petronila.

Francisca, juntó con un nicaragüense en Dominical procrearon a Benedicta y Flor.

Flor, se fue joven para San José, allá crecieron sus hijos.

Margarita, conoció a un gran hombre en El Silencio Tobías Jara, procrearon varios hijos que aún viven allí.

Familia Arauz Espinoza

Don Aniceto Arauz y Umbelina Espinoza ambos inmigrantes ya tienen algún tiempo de vivir juntos y han procreado hijos. Su último lugar de residencia fue San Marcos y ahora con el financiamiento de Agatón Luths compran y se instalan por donde hoy está la Piedra Amarilla que antiguamente se le llamó el naranjal.

-La lucha será ardua pero con la ayuda de ustedes construiremos una gran finca decía a sus hijos. La familia seguía creciendo, aquí nacen Manuel (papillo) y Víctor el menor de todos. El abuelo comprende que requiere más campo para que su numerosa prole trabaje. Sabe que hay tierra libre unos pocos kilómetros al norte (actual Palma Quebrada). Y con la ayuda de 3 de sus peones y sus hijos mayores se va la montaña a forjar su nuevo hogar. Entre sus ayudantes están Cipriano Pérez, Matías Orosco y Cholo Ortiz que son constructores. Allí preparan madera con sierra manual y construyen una gran casona en la parte alta de la montaña cercana a la quebrada.

Carrilan varias hectáreas desde el manglar hasta la zona de fila montañosa y de una quebrada a la otra como límite norte y sur. También preparan un área grande en la parte llana que posteriormente siembran con arroz, maíz, frijoles, plátano, pasto y cabuya. Al concluir el trabajo y agotadas las provisiones; regresa a surtirse de nuevo y se trae a su familia. Con la ayuda de sus hijos siembra más agricultura, también crían gallinas, cerdos y unas cuantas reses.

La producción alcanza para cubrir las necesidades del hogar y para intercambio comercial. Pasa el tiempo y la familia crece, Don Aniceto da gracias al creador por la buena cosecha pero una nueva inquietud lo abruma, algunos de sus hijos ya están en edad para iniciar la educación primaria pero no hay escuela cercana y aún después cuando ésta abre en Hatillo; la trocha de acceso por entre la montaña es muy peligrosa y además las quebradas crecen con las lluvias e impiden el paso.

Tiene una idea: ha notado que entre sus peones contratados recientemente hay uno que sabe leer y escribir y tiene habilidades para la enseñanza. Entonces consigue quien sabe dónde unos cuantos lápices y tizas y en las tardes le cambia al peón el hacha y el machete y lo pone a dar clases básicas de escritura y lectura a su familia. También da como guía a su noble maestro un almanaque de cofal de esos que tenían el nombre de todos los santos y unos maltrechos libros que recogió por ahí de un naufragio en la playa. Todos reciben con entusiasmo la enseñanza incluidos mi abuelo y mi madre y valió la pena su esfuerzo y la de este improvisado educador con título de peón.

Familia de Don Luis Espinoza

En el sector conocido como la Guápil creció una curiosa palmera con dos ramas pero hijos de un solo tranco. Don Margen como cariñosamente se le conoció, notó esta insólita formación natural y puso el nombre al lugar que aún perdura en nuestros días. Había adquirido junto a sus hermanos esta tierra y posteriormente al independizarse le quedó a él. Aquí construyó con mucho esfuerzo su casa y su finca.

Procreó cinco hijos de su primer matrimonio Rodrigo, Rafael, Carlos, Elieth y Deyanira. Tiempo después con su segunda esposa Doña Guillermina Gómez procreó su nueva descendencia: Dianey, Román, Dinorah, Luis, Marcos, Alicia, Xinia, Yackeline y Elke. Tremenda carga que con su esfuerzo y ayuda de Dios pudo sacar adelante. Don Luis acostumbrado a los grandes retos, fue el primer Hatilleño en traer un vehículo a esa zona. Con sus ahorros compró en 27.500 colones un Chevrolet apache nuevo que fue la sensación del momento.



En la foto uno de los grandes forjadores del pueblo, Don Luis (Margen) Espinoza, junto a su esposa Doña Guillermina Gómez.

Familia de Gustavo Espinoza

Es el hijo mayor de Doña Magdalena, recordemos que llegó procedente de Chiriquí del brazo de su madre. Allá quedaron sus otros medios hermanos, los que después conocería. Aquí en Hatillo al crecer conoce a Guadalupe Ríos hija de otro inmigrante Chiricano y se instalan junto a su madre en la propiedad antes mencionada. Aquí nacen sus hijos Paulo, Paulina, Víctor Mario, Carlos y Vicenta.

Tabito como cariñosamente se le conoció, fue un líder comunal pero como no era muy diestro en el arte de las letras y los números, entonces contrata para tal labor y secretario a Don Sergio Moisés Arias López (conocido cariñosamente como gallo tuerto). Este señor vivió en Dominical, en sus años mozos fue escribiente de un abogado en Puntarenas y ahora adulto pone en práctica su aprendizaje y ejerce en esta zona rural, como licenciado y contador aunque sin título.

Y volviendo a nuestro personaje principal; fiel a su estilo aventurero y fiebre para buscar huacas indígenas, organiza con tal fin un viaje a Isla Violines en precarios botes a remo. Viaje que casi termina en tragedia porque cuando se encontraban en medio del océano, el fuerte oleaje partió una de las rústicas embarcaciones y sus ocupantes sin ser expertos en el agua ya que son campesinos de la zona, tuvieron que aferrarse a lo que pudieran encontrar del naufragio hasta que fueron dichosamente rescatados por sus compañeros del otro bote. La última gran aventura de Don Gustavo fue cuando organizó la migración a Puerto Jiménez en la década del 60. Después viajó a Buenos Aires en donde se quedó para siempre.

Familia Núñez Muñoz

Don José María llegó muy joven a estas tierras. Venía con su esposa Doña Bella y su hermano Tonano. Procedente de San Ramón de Alajuela forjó su finca en las montañas al este de Hatillo. Se dedicaba a la agricultura y comercio de ganado. Bohemio, galán y enamorado montaba con elegancia hermosos caballos por las empedradas calles del lugar.

Procrearon varios hijos entre ellos Carlos Doney, María Eugenia, Freddy, José Manuel, Víctor Hugo, Zulay y Xinia. Murió trágicamente a la mitad de su camino. En la mañana siguiente a su muerte se presentó al lugar del suceso su gran amigo Raúl Segura, quien con gran devoción y una pala, recogió su sangre y derramó unas lágrimas. Soltó una paloma blanca que traía y ésta voló al este a lo más alto de la montaña.

Familia de Edgar Barrantes

Empresario procedente de Grecia Alajuela. Había comprado junto a su hermano varias hectáreas de tierra que abarcaban gran parte del sector noroeste del pueblo hasta colindar con la playa. Construyó un gran galerón y casa contiguo al cementerio donde vivió por varios años su administrador don Enrique Vindas y Familia. Don Edgar el gamonal del pueblo. Hizo inversiones en agricultura y ganadería trajo maquinaria pesada y contribuyó grandemente al desarrollo de la región.

Se casó con Dinorah una de las hijas de Don Luis Espinoza y vivió por varios años en su casa que ubicó al otro lado de la calle frente al barrio de Gradelí. Años después vendió su finca y regresó a su tierra natal donde terminó de crear sus hijos.

Familias del Barrio el Mangal

El histórico barrio ha crecido aunque sus fundadores ya no están. Hay otros pobladores entre ellos Don Hipólito Velásquez junto a su esposa Florida Núñez. Procrearon dos hijos Leandro y Arnoldo.

Rafael Mora (hijo del primer matrimonio de Don Margen) vivió aquí junto a su esposa Virginia. Procrearon varios hijos. Emigraron tiempo después a Pérez Zeledón.

Gracielo (chelo) Arroyo también vivió aquí junto a su esposa Irma Cascante, procrearon varios hijos.

Familia Vargas Robles

José R. Vargas Mora (Chepo) y María Isabel Robles Mora (Chavela) procedentes de Copey de Dota llegaron al pueblo en 1957. Don Chepo como se le llamó con cariño fue peón agrícola de Edgar Barrantes, luego laboró como policía pagado por Aquileo Barrantes dueño de la cantina.

Doña Chavela fue la matrona en ese tiempo, asistió a casi todos los nacimientos de su época. También tenía su venta de comida cuyos principales comensales eran los maestros y algunos viajeros ocasionales. Se fueron a Jiménez en la famosa migración que organizó Don Gustavo. Aún conservan sus hijos, un pedazo de esas montañas.

Familia Montenegro Espinoza

Francisco y Feliciano, hijos de este pueblo se conocieron hace 64 años cuando el de 16, llegó a trabajar de peón a la finca del que más tarde sería su suegro: Don Aniceto. Allí conoció y enredo a Feliciano (mi madre). Mucha agua ha corrido desde entonces bajo el puente de estas vidas. A veces turbia, a veces limpia. Así lo hemos tomado sus hijos: Marvin, Lilliam, Tino, Yalile, Rodolfo, Maribel, y Diana.

Familias de Guanacaste

Como buen pueblo de inmigrantes que somos, no podían faltar los Guanacastecos, a finales de la década del 50 se dio la mayor arribada: En forma casi sincronizada llegaron Don José María Jiménez Valverde y su esposa Doña Gloria Morales Badilla. Don Charía como se le conoció fue un activo líder comunal, era el encargado de la pólvora en los turnos. Trabajó con Beto Rojas en Barú luego fue peón de Aquileo Barrantes y de Álvaro Meza.

Toño Jiménez Valverde y su esposa María Miranda Campos, Florentino Godoy Godoy (recordado por su habilidad para jugar fútbol) y su esposa Juana Jiménez Valverde.

Amado Pérez y su esposa Catalina Jiménez Valverde. Le acompañan sus hijos Gerardo, Alvin, Beto y German. Muy conocidos en su tiempo porque se dedicaban a sacar guaro clandestino. Y así como llegó este clan familiar, así también emigraron posteriormente a Puerto Jiménez.

Como lo vimos en capítulos anteriores, los primeros habitantes en este lugar fueron hasta 1746 los indios Huetáres que conformaban el gran pueblo de los Queipo y sus principales ciudades se ubicaban más hacia el norte en todo el territorio de lo que hoy es la ciudad de Quepos y alrededores.

Luego se extinguieron por las razones que ya conocemos y el lugar permaneció desolado por aproximadamente 150 años. Después de ésta etapa no hay una fecha exacta de cuando llegaron las primeras personas, pero fue entre finales de 1800 y principios de 1900 cuando Juan Salazar menciona haber encontrado evidencia que el lugar ha sido habitado en tiempos recientes. Por lo tanto concluimos que a partir de la llegada de este señor junto a Nico Quintero y Moncho Sandoval y luego cuando llegan los Espinoza, los Leiva, los Lezcano, Los Martínez y Don Aniceto quienes construyeron sus ranchos y se establecieron fijos en el lugar. Es entonces que podemos hablar del nacimiento del pueblo. Posteriormente crecen sus hijos, llegan más foráneos y se forman las primeras familias.

5.- Origen del Nombre

Pocos años después de la llegada de aquellos pioneros al lugar que llamaron El Mangal, la pequeña población se ha expandido de este a oeste y de norte a sur. Hay ranchos dispersos desde la Guápil hasta Palma Quemada y desde la costa hasta las altas zonas montañosas. Hay mucha tierra aun libre y virgen, pero estas inmensas llanuras hoy sembradas de arroz y pasto estaban en ese tiempo cubiertas de selva casi impenetrable con abundantes y milenarios arboles de roble, cedro y muchas buenas maderas que hoy le harían la boca agua a cualquier leñador. También zonas pantanosas en la desembocadura de los ríos y quebradas, con abundancia en vida salvaje oriunda. Tigres, Dantas, Venados, Chanchos, Serpientes, Monos y Aves poblaban el área.

Y al crecer la población, ésta demanda más tierra para cultivo, ganadería y otras actividades. En las fincas que hoy pertenecen a los Bendaña y Saborío hay unas lomas o pequeños cerros en los que en esos años curiosamente crecía una especie de pastizal natural, sin arboles grandes.

Entonces a falta de potreros, los pobladores llevan sus animales a pastar a esas lomas que llamaron los “Atillos del Ganado”. Posteriormente por una tergiversación lingüística al paso de la costumbre, se le siguió llamando “Atillos” lo que finalmente derivó en Hatillo.

Otra versión es que los primeros pobladores al nombrar su lugar de residencia indican que viven allá en la costa cercana a los ríos donde tienen sus Hatillos de ganado o pequeños grupos de ganado lo que finalmente se simplificó en Hatillo.

CAPITULO II

ACTIVIDADES SOCIALES Y COMERCIALES

Pocos años después de aquellos primeras migraciones chiricanos, su semilla ha germinado y se ha extendido. También han llegado personas de otras partes del país. Hay poblados en la Guápil, en los alrededores del restaurante Iguanos, en las riberas de los Ríos, por donde está la actual iglesia y en Palma Quemada. Han construido trochas y puentes artesanales en las quebradas para comunicarse entre ellos. Algunos ya habitan sus casitas de madera sin pintar, otros continúan en sus insipientes ranchos de troncos redondos y techo de palma.

Hay una creciente producción agrícola; siembran arroz, maíz, frijoles, plátano, yuca, ayotes, caña dulce, cabuya. Producen con cuero curtido sandalias, vaquetas, correas. Crían cerdos, gallinas, caballos, cabras y reses. Todo esto abastece las necesidades de la población, lo que sobra es llevado en bestias a Dominical donde han construido un rústico muelle comercial. Aquí hay servicio de pequeñas embarcaciones hacia Cortés, Quepos y Puntarenas.

También existe una especie de mercado de intercambio o pago con moneda donde los comerciantes reciben la producción local y venden herramientas de trabajo, botas, telas, café, clavos, pólvora, medicinas, canfín, focos, baterías y todo lo que se pudiera comerciar.

Uno de los buenos negocios lucrativos de la época era la arrea de chanchos a través de los senderos. Hay mucha demanda de éstos en las ciudades principalmente en Diciembre y año nuevo. Para éstas fechas las ventas se duplican. Los pueblos no dan abasto con sus entregas principalmente por falta de medios de transporte. Los caminos son trochas construidas por los mismos usuarios a través del bosque donde abundan los peligros de animales hambrientos como tigrillos, serpientes o chanchos salvajes. Hay muchas áreas pantanosas, ríos crecidos en invierno, derrumbes y árboles caídos.

En fin el viaje a la ciudad no era un bonito paseo y a mayor cantidad de animales significaba más dinero pero más trabajo a la vez.

Unos de los comerciantes en esta actividad era Don Aniceto Arauz. Conoce bien la zona porque ha pasado muchas veces por éste lugar. Se tardan hasta 5 días para llegar a San Marcos y se necesitan 3 o 4 personas para llevar 15 o más animales.

Además, hay que llevar la comida y todo lo necesarios en hombro o a caballo. En el verano hay que cargar también agua.

Arrear chanchos es más fácil que el ganado, pero cuando alguno se asusta y sale huyendo, entonces todos los demás lo siguen.

Se cuentan historias que ésta zona se hizo famosa porque hubo mucho animal semisalvaje descendientes de éstos que se escapaban; y la gente venía entonces a cazar. Otro de los problemas en ésta actividad es que en los ríos hay que cargar los chanchos al hombro porque si no estos ya cansados se echan en el agua y después no quieren salir. En las noches hay que mancornarlos unos con otros para que no se escapen y alguien tiene que permanecer despierto vigilando para prevenir cualquier ataque.

En cierta ocasión una serpiente mordió a uno de los ayudantes: ésta vez no han traído el suero antiofídico. Rápidamente improvisan una camilla y apresuran el viaje dejando a la manada a cargo de una sola persona y con poco alimento. Los demás harán un titánico viaje hasta donde puedan conseguir ayuda cargando a su compañero enfermo. Por suerte en esos tiempos en el campo la gente tiene inyecciones contra el veneno y logran conseguir con un lugareño y salvar a su amigo.

Al volver, casi la mitad de los animales han escapado motivados por el hambre y la soledad. Ya en la ciudad, un comerciante compró lo que quedaba del grupo de cerdos. Esta vez hubo pérdidas, pero no importa, Dios proveerá más dice Don Aniceto: Vale más la vida de una persona que cualquier dinero. Esto demuestra la calidad humana de éste gran señor y de todos los de su tiempo. Si hoy hubiera personas como ellos en los altos poderes políticos; el mundo sería muy diferente.

Otro de los destinos de la arrea era hacia San Isidro Pérez Zeledón. En esta ocasión viene Eustaquio Montenegro con su sobrino Francisco conocido como pancho. Traen 15 cerdos, un caballo, un perro, y un tepezcuinte vivo en las alforjas porque este no se dejaba arrear. De camino contratan dos peones. Luego de dos días de viaje hacen una parada en San Cristóbal para pasar la noche donde Doña Úrsula, esta señora vende hospedaje, comida, licor y medicina

a los viajeros. Los atienden dos hermosas saloneras. Muchos viajeros se atrasan aquí atraídos por las damas.

Antes de que los primeros rayos del sol se asomaran por el horizonte, los somnolientos arrieros emprenden la marcha aún bajo los efectos de los tragos de la noche. Bajan por el chupulún y a marcha forzada llegan al atardecer a una plaza hecha para tal fin en un lugar que se llamó el matadero. Aquí desengoman, descansan y muy temprano en la mañana del siguiente día venden toda su cuadrúpeda mercancía. De regreso, el viaje es más rápido y placentero, llegarán en menos de dos días siempre y cuando no se atrasen donde Doña Úrsula.

2 Pesca en posa la cañaza

Un verano se reunieron varios amigos para ir de pesca a esa poza que existió como a un kilómetro arriba del actual puente. Eran un lugar hermoso con un gran playón de arena fina traída por el río y rodeado de grandes árboles de zota que producía la sombra ideal para acampar. Al fondo la gran poza con más de 4 metros de profundidad por unos 30 metros de ancho y repleta de peces y camarones.

Andrés Montenegro y Francisco sacan las primeras machacas con cuerda y empezó la fiesta. Rápidamente las mujeres preparan el pescado en una improvisada cocina sobre unas piedras. El manjar doradito por la cocción y extendido sobre unas hojas de bijagua y acompañado por unos bananitos sancochados hacía el contraste colorido perfecto que le hizo la boca agua a todos y rápidamente es consumido, acompañado del infaltable aguardiente.

Pero con tantas bocas, hace falta más bocadillo, todavía quedan 2 litros de licor; entonces emplean la dinamita que le han comprado a don Margen. Con un solo bombazo basta, la poza se platea de moribundos peces panza arriba. Rápidamente recogen y llenan dos sacos de machacas, sábalos, guapotes y roncós, las guabinas se las llevan para los perros y chanchos. Y entre chiste y chapuzones, comida y aguardiente transcurre el día y rápidamente se asoma la noche por lo que deben regresar.

Hubo otras pozas no menos famosas que fueron los balnearios de la época y verdaderos centro de amoríos y reunión social principalmente los fines de semana. Entre éstas; la más conocida por la cercanía al pueblo se llamó poza el chocuano se ubicaba más o menos en medio de los dos puentes del río Hatillo Nuevo.

Y la más recordada por su exótica belleza y cantidad de peces; la gran poza de cajón, encerrada entre inmensas paredes de piedra en medio de la selva. Esta se ubicaba como a 3 Kms camino a Dos Bocas. Quienes la visitaron en aquellos tiempos recuerdan que bastaba con detonar una pequeña bomba para recoger sacos de pescado.

Otro lugar de encuentro y diversión fue la apea de zapotes. Hubo dos grandes árboles que no se sabe quién los sembró. Uno muy cerca de la actual Piedra Amarilla y otro al lado atrás de la casa de Doña Niche. Muy pocos se subían a bajar los frutos, entre ellos se recuerda a Rafael un muchacho que bajó de las montañas solo para éstas ocasiones y Evangelista Espinoza. Los demás solo esperaban abajo.

3 Construcción de la trocha a San Isidro

Antes de 1940, la única ruta de comunicación y transporte entre éstas zonas costeras del Pacífico Central y Sur hacia el Valle del General es a pie o a caballo a través de senderos entre la montaña construidos por los usuarios y lugareños. Con el crecimiento de la población aumentó la demanda y necesidad de productos en ésta zona. Es entonces cuando el gobierno tico, ante la incapacidad para construir una obra de tal magnitud, contrata los servicios de la empresa gringa La Mills. Esta se encontraba en las obras del canal de Panamá y traslada vía marítima parte de su maquinaria hasta Dominical en donde desembarcan en el rústico muelle.

Es posible que el ejército norteamericano colaborara con asesoría porque regularmente había personal uniformado en el lugar de las obras, quien sabe que pactos hubo entre los gobiernos, eran los comienzos de la guerra fría y las dos superpotencias de la época daban grandes regalías a estas empobrecidas naciones, a cambio de no se sabe? Lo que sí se sabe es que muchos de esos obsequios se quedaban en manos de quienes lo recibían. Se construye entonces una trocha lastreada de 36 kms entre Dominical y San Isidro para tránsito de vehículos doble tracción.

Hay una historia no confirmada de que un gringo llamado Lorne Green, el actor de la serie de Televisión Bonanza había adquirido parte de lo que hoy es Dominical y abrió un bar donde luego se llamó Coco Suizo. Se dice que este señor contribuyó con la construcción porque los operarios comían y dormían en su negocio. Pero en realidad lo que él pagaba era la ampliación del ramal de acceso hasta su bar. El administrador de esa finca fué el famoso Amancio Obando quien crio una hijas muy bonitas por lo que se le llamó: el suegro del pueblo.

Unos años después se continúa el trayecto hasta Hatillo y posteriormente a Savegre. Esta trocha viene a cambiar positivamente el panorama comercial de la zona. Los agricultores, porcicultores, ganaderos y demás comerciantes pueden de ahora en adelante comprar y vender sus productos con mayor facilidad. Mejora la economía, hay más producción y cosechas. Llegan nuevos foráneos a trabajar en las crecientes actividades. Surgen varios negocios a orillas del camino, para surtir las necesidades de los viajeros.

Alrededor de estos comercios se instalan los primeros lugareños, dando nacimiento a pueblos como Barú, San Cristóbal, Platanillo, y Alto San Juan. Uno de los primeros usuarios de esa trocha fue nuevamente Don Aniceto quién había adquirido compromisos de entregas de chanchos desde tiempo atrás cuando los llevaba arriados hasta Pérez Zeledón. Esta vez los animales van cómodamente echados dentro de un camión cuyo propietarios y chofer es Beto Rojas. Los acompaña también Chango Bermúdez.

En el cerro Farrallas el vehículo falló, comenzó a patinar por el empinado y lodoso camino y rodo hacia atrás varios metros hasta el paredón. Don Cheto que iba en el cajón con sus animales, al sentir el peligro; se tiró del carro, pero con tan mala suerte que resbaló y cayó debajo de éste. Pero como era tan menudo y liviano; milagrosamente sorteó la muerte en medio de las llantas y se paró únicamente con unos pocos raspones. Don Chango asustado y enojado, pensó que el vehículo había fallado por impericia del conductor por lo que prefirió seguir su camino a pie.

4 Extracción de Sal Marina

La sal ha sido uno de los alimentos básicos para el desarrollo de la humanidad. Desde tiempos inmemorables el hombre ha conocido de sus propiedades preservantes, curativas y alimenticias y ha aprendido a extraerla del océano o de las minas en tierra. En la antigüedad el comercio de la sal fue una de las actividades lucrativas más importantes y el hombre hacía grandes proezas para obtenerla.

En el medio oriente y en otras regiones del mundo ésta era transportada en inmensas caravanas de camellos a través del desierto de donde se extraía para llevarla a las ciudades o a los puertos de embarque.

En Hatillo como ya lo vimos en un capítulo anterior los primeros pobladores traían ese conocimiento ancestral y producían la sal para consumo propio, hirviendo el agua del mar en pequeños recipientes.

Entonces, un visionario como Don Miguel Gómez vió ese potencial e instaló un salinar en Dominical para producción a nivel comercial. Como contenedores de agua, uso unos grandes tanques que había dejado la compañía por ahí botados.

Don Miguel vivió en Barú y San Juan de Dios en esos años, fue otro de los grandes pioneros en el desarrollo de las actividades comerciales en toda esta región.

Polifacético y valiente trabajó en agricultura sembrando arroz, maíz, frijoles. También fue Juez de Paz en Barú. En una ocasión se encontraba pescando con bomba en una poza del río, en un descuido ésta reventó en sus manos y le amputó el brazo hasta el nivel del codo. La rápida acción de los pocos lugareños salvo su vida porque milagrosamente se logró traer una avioneta que aterrizó en la playa (algo nunca visto antes) y fue trasladado urgentemente al hospital en San José.

El costo del vuelo fue de 100 colones (todo un dineral en ese tiempo). El dinero lo prestó Don Jacinto Alberto Castro.

Unos meses después el intrépido campesino regresó y aún sin su brazo derecho continuó con sus labores agrícolas y comerciales. En esta ocasión se fue a sacar licor clandestino en una fábrica que instaló junto a su amigo Lucas Núñez a orillas del río. Alguien había alertado el resguardo y fueron apresados con las manos en la masa. Bueno Don Miguel con solo una.

Sin ninguna consideración por su discapacidad el señor fue desterrado a Upala como castigo al no aceptar el soborno que le pidió el mayor Trino Montero. Allí se instaló con lo poco que pudo cargar al hombro y labró la tierra junto a otros presos para mantenerse durante los años que duró su condena. Si hoy día aún se ve lejano y aislado ese pueblo imaginémoslo cómo sería en esos años.

5 Inicio del Servicio de Buses

Otra de las actividades vitales para el desarrollo de la zona fue el transporte público de personas. El primer empresario en adquirir estos derechos para brindar el servicio fue el señor Melchor Fallas quien tenía buses o cazadoras como se les llamó, trabajando para el sector de

División en San Isidro y con los mismos viaja durante el verano tres veces por semana a Dominical.

El recorrido era emocionante pero no placentero, las cazadoras eran incómodas, calientes y ruidosas olían a todo menos a limpio. Se transportaba cualquier cosa: maletas, sacos con maíz, arroz, frijoles, herramientas, gallinas, perros y personas. A veces se tardaban hasta cinco horas debido a desperfectos mecánicos o malas condiciones del camino. Hay sectores donde el lastre ha sido lavado por la lluvia. Casi siempre los pasajeros tienen que bajarse a empujar y empujar en pendientes como Farallas o Alto San Juan. Posteriormente al concluirse la construcción de la trocha hasta Hatillo, los buses van hasta allá, pero al llegar al río Barú cuando hay marea alta tienen que esperar a que baje el nivel del agua para continuar porque todavía no hay puentes.

Este paso por dentro estaba como a 200 metros arriba del actual. En la margen izquierda de éste río vivía un señor llamado José Carreras; tenía un pequeño bote a remo y entonces en estas ocasiones hacía su agosto cruzando a la gente.

6 Construcción de la Escuela

Una vez concluidas las obras de la trocha que comunica hasta San Isidro, las actividades económicas así como la población crecen considerablemente. Los habitantes pueden vender con mayor facilidad sus productos y comprar lo que no producen. Aumenta el tránsito de residentes y foráneas por la zona.

Algunos vecinos instalan sus ventas de comida y hospedaje a orillas de la nueva carretera. Hay una creciente cantidad de niños en edad escolar aunque no la suficiente exigida por el Ministerio de Educación para nombrar un maestro. Es entonces cuando líderes visionarios como Don Margen y Gustavo Espinoza logran conseguir un educador con el aval del M.E.P. aunque el salario de momento lo paga un comerciante generaleño, porque no hay presupuesto, y hasta que se complete la cantidad mínima de alumnos exigida.

La alimentación se le dará en la casa fonda de Doña Tina Montenegro ubicada en el mismo lugar donde vive hoy Guicho. Este primer maestro se llamó Don Rafa y se instaló en un cuarto acondicionado en el mismo lugar de trabajo. La rústica escuelita la construyó un carpintero Guanacasteco llamado Matías Orozco con la ayuda de los lugareños. Era de maderos de la zona aserrados manualmente en el mismo lugar. También se fabricaron los muebles para los alumnos. El techo era de hojas de palma. En esos años toda esa finca se extendía hasta el río Hatillo Nuevo. Pertenecía o la administraba un señor nicaragüense llamado Jacinto Alberto Castro; funcionario de la compañía quien posiblemente había adquirido esos terrenos con el fin de extender la siembra de banano hasta ahí. Cuando se solicitó el área para la escuela lo cedió amablemente.

7 Primera Maquinaria Agrícola

Ya se ha concluido las obras de la trocha para vehículos hasta el río Savegre, donde aún no hay puente. Se construye un paso en hamaca para personas, bicicletas y motos. Hay un servicio de buses a Hatillo en el verano.

Se construyó la escuela y recién iniciaron las clases. Abren las primeras fondas o sodas donde también se vende hospedaje. Entre estas la de Doña Serafina Madrigal en la entrada a Dos Bocas. La de Doña Tina Montenegro, y la de Doña Chavela Robles que se ubicó en un principio a un costado del salón Chorotega.

Este auge en la economía implica también mayor demanda de alimentos. Los agricultores se ven en la dichosa necesidad de cambiar su forma artesanal de producción a la industrial. Don Edgar Barrantes y el piloto de aviación comercial Toco Zamora traen por primera vez chapulines y maquinaria para la siembra a mayor escala de arroz, maíz y sorgo. El primero tiene su finca en los alrededores del río Hatillo Nuevo hasta la playa. El segundo es dueño de lo que hoy es Hacienda Barú, tiene su propia avioneta comercial y a veces realiza temerarios vuelos a baja altura saludando a sus asustados vecinos. En algunas ocasiones venía de emergencia a dejar algún repuesto que se le pidió por radio. Pero cuando no había espacio para la avioneta en la playa por la marea alta o por los escombros entonces dejaba caer su entrega sobre un árbol de mago para amortiguar su caída. Pero un día estaba bajo el árbol Alvarito Meza lavando su chapulín. El osado aviador, desde lo alto no puede ver lo que hay abajo y se percata de su torta hasta que recibe otro llamado para pedirle medicinas para su maltrecho peón y más repuestos.

Y con nueva maquinaria se necesita también gente que la opere y de mantenimiento. Surgen jóvenes como Francisco Montenegro, Guicho Reyes, Rigo Chapo Orozco y Manuel Chinchilla quienes fueron ascendidos de peones a operarios y mecánico este último. Ganan 100 colones el día, un gran sueldo en la época.

8 Primera Cantina

Procedente de Pérez Zeledón, Aquileo Barrantes, junto a su familia fue el primer comerciante en abrir una cantina en este lugar. Era también pulpería y mesas de pool. Posteriormente construyó un salón para restaurante y baile. Trajo una planta a gasolina para producir electricidad y una Rockola que fue la sensación del momento.

Muchos amores surgieron al compás de ésta novedosa máquina que producía música al recibir una moneda. El primer nombre de éste negocio fue “El Grano de Oro” y se ubicaba en el mismo lugar donde está actualmente Salón Chorotega. Fué el único centro de reunión social durante esos primeros años. Pero la gran pasión de Aquileo era la cacería. Cazaba descalzo para no hacer ruido decía y corría detrás de la presa casi al mismo ritmo de sus perros. Pero un fatídico día el gran cazador fue cazado. Herido de bala en una riña con un vecino, murió poco tiempo después en el Hospital.

Mi reflexión en ésta, al igual que en anteriores muertes trágicas es que “ningún ideal ni motivo debe atentar contra la vida humana, no hay argumentos cuando se trata de personas”. A Don Aquileo le sobreviven varios hijos, entre ellos Rubier el famoso “coyote” generaleño. Este negocio después estuvo en manos de Álvaro Meza, Carlos Durán y otros más recientes.

Aquí surgen también los primeros policías. Estos eran vecinos del lugar pagados generalmente por el dueño del bar. Entre ellos se recuerda a Don Nardo Badilla, José Chepo Vargas, Rigo Mora y Hernán (Cherepo) Montoya.

9 Llegada del Maestro Don Adrián

Inmediatamente después de concluida la trocha, venía a esta zona costera el empresario generaleño Billo Jiménez en un viejo camión Ford a vender productos en el verano a las nacientes pulperías del lugar. Como ayudante de ese comerciante venía un jovencito estudiante de educación quien se enamoró tanto de este pueblo y de su gente que prometió volver. Y vaya que volvió, porque, meses después ya convertido en profesional regresaría a encargarse de la escuela y de la educación de estas personas. Y con el paso del tiempo se convirtió, en el amigo, en el consejero, en la persona que todos confiaban en uno de los grandes forjadores de los valores morales y espirituales y que dichosamente hoy conservamos. Y pasaron los años y se quedó entre nosotros, y cumplió con creces su misión el querido y humilde maestro Don Adrián Rojas Leitón hasta el día de su retiro.

Hoy vive felizmente con su familia en San Isidro. En una visita que le hice recientemente, siempre amable y sonriente, me cuenta parte de su historia. Con nostalgia recuerda que al llegar aquí en sus juveniles años hace más de medio siglo, encontró un panorama diferente al que imaginó. El aporte de la influencia panameña en el lugar era tal que había una notable transculturización en el idioma y en las costumbres contra las que tuvo que empeñarse para corregir. Los alumnos decían por ejemplo: me surré, panita, chollé o júrguelo. Cuando lo correcto es: me resbalé, tacita, raspé o púnzelo.

En una ocasión que se estaba planeando un turno fue a pedirle un pollo de pescuezo pelado (de esos que llamamos chiricano) a Clementina Salazar, emigrante precisamente de la Provincia Panameña del Chiriquí y ésta se le enojó al oír ese nombre porque para ellos es ofensivo. Se puede decir que la llegada de Don Adrián a Hatillo, marca un antes y un después en la historia de la educación en este pueblo.

10 Primer turno en Hatillo

Al comenzar las clases el maestro, notó que sus alumnos jugaban en un potrero guayabal ya que no existía área apropiada para recreación de los niños. Preocupado, y como amante del fútbol y buen jugador, reunió a los vecinos y les mostro la inquietud de contar con un lugar que sirviera de plaza y demás actividades para la comunidad y la escuela, o por lo menos limpiar el lugar porque había mucha culebra. Se planeó realizar un turno para recaudar el dinero y acondicionar el lugar y otras necesidades. Con las personas dispuestas a ayudar y un líder que dirigiera, rápidamente se organizó la fiesta que incluía ventas de comida, rifas, carreras de cinta a caballo y la marimba de Pablo López y sus hijos amenizaron el baile. Toda la comida era preparada en los famosos fogones. Simoncito Leiva era el encargado de fabricarlos y picar la leña.

La gente asistió a todas las actividades, deseosos de colaborar unos, otros por diversión o por curiosidad. El tronar de las bombetas nos anuncian el inicio del turno. Don Servando Orozco, el borrachín del pueblo estaba por ahí cerca de la cocina durmiendo su tanda. Alguien en plan de broma lo había dejado sin pantalones. Con el bullicio de la gente y aún borracho, se despertó y caminó hasta la cocina sin percatarse que estaba desnudo. Al llegar así alguien le tiró agua y al sentir el frío, se dio cuenta de su embarazosa situación, agarró un saco para cubrirse sus partes nobles.

Doña Magdalena jefa de la cocina, pensó que el señor se estaba robando los tamales en el saco y corrió a quitárselo dejándolo nuevamente desnudo ante el asombro y las risas de todos. Por lo demás todo salió a la perfección, este primer turno produjo los fondos necesarios para lo que se planeó.

11 Guerra del 48

Uno de los hechos históricos tristemente recordados fue esta revolución. Si bien es cierto, el escenario de las principales acciones fue el Valle Central. Aquí por la posición geográfica cercana a la costa y la existencia del muelle en Dominical como ruta de abastecimiento nos tocó vivir de cerca el conflicto.

Varios de nuestros antepasados fueron reclutados, por eso se dice que tuvieron alguna participación, aunque indirecta en los hechos. Pero la realidad es que a la mayoría de los lugareños no les quedó más remedio que abandonar sus propiedades y labores cotidianas para huir y refugiarse con su familia en el bosque durante casi un mes, porque se desató una oleada de mercenarios y delincuentes que se ampararon a la impunidad del momento para cometer toda clase de actos vandálicos que nada tenían que ver con los ideales de la guerra.

12 La Cocaína del Pueblo

Y como todo lugar de Costa Rica, aquí tampoco podía faltar el vicio de todos: El fútbol y su plaza. Recordemos que después de la construcción de la escuela, seguidamente se limpió y se preparó el terreno para las actividades deportivas. El maestro trajo las medidas y una bola, se marcó el área de juego y se instalaron marcos de bambú. Y se iniciaron las famosas mejengas, los niños jugaban todo el día, los adultos en las tardes. Las mujeres no asistían en esos años, era tabú. El maestro enseñaba las reglas de aquel novedoso juego que la mayoría de las personas, nunca han visto. Y entre mejenga y mejenga, la muchachada se fue entusiasmando en darle patadas a esa pelota de cuero y hule. Y con la dirección de su líder surgieron los primeros buenos jugadores y se armó el equipo. Un domingo de diciembre se inauguró la plaza con el primer partido internacional. Vino el equipo de Matapalo recién formado. Fue un acontecimiento que reunió a todo el pueblo. Se iniciaba así el clásico regional que perdura hasta nuestros días.

Vale la pena recordar que aquí han surgido buenos jugadores con calidad para jugar en cualquier liga profesional. Entre ellos Don Freddy Navas, el padre de nuestro gran arquero internacional. Freddy no es oriundo de Hatillo pero sí vivió parte de su niñez en este pueblo. También quiero aclarar que el título en esta historia “la cocaína del pueblo” lo consigno como una crítica en general hacia el fanatismo con el que no dejamos envolver en ciertas ocasiones como en el fútbol por ejemplo: mientras gane Saprissa, Alajuela o la Selección, todos estamos contentos aunque tengamos el estómago vacío, y no nos percatamos que otros están aprovechado estos momentos de euforia general para perjudicarnos. Por ejemplo cuando el estado nos clava de impuestos.

13 Transporte en Bote

En aquellos primeros años el bote era el vehículo acuático más que útil y necesario para el traslado de personas y mercaderías a través de las caudalosas aguas de los ríos y a veces en el

mar. También eran muy usados para la pesca y recreación. Estos rústicos transportes eran fabricados manualmente a partir de una tuca grande y gruesa de madera como el Guanacaste o Ceiba a la que se le iba ahuecando internamente con hacha y hachuela hasta darle forma adecuada. Su construcción era una labor que requería mucho conocimiento, esfuerzo y paciencia. Por eso es que pocas personas se dedicaban a esa labor.

En esos tiempos venía al pueblo una señora guanacasteca nombrada como “la negra Guadamuz”. Trabaja en labores domésticas y también en el campo. Le acompaña su hijo adolescente Ignacio Guadamuz (c/c boti buti). Él había aprendido de niño el oficio de fabricar botes ayudando a su padre allá en su natal Abangares. En esa ocasión le cayó encima el ahuecado tronco en el que trabajaba y lo dejó sordomudo, ante el temor modificó su arte y ahora fabrica pilones y bateas que las señoras usan como lavadoras de ropa.

Una vez que se dio a conocer el famoso boti buti es contratado por Colachito Espinoza para que haga unos muebles de la casa en Palma Quemada. Allí se enamora de Daysi la hija de Rosa Espinoza por lo que se queda varios años conviviendo con la familia y hace gran amistad con Marcial “Tabaco” Espinoza e intercambian conocimientos sobre sus actividades. Uno aprende del otro a beber guaro y el otro aprende del primero a ahuecar troncos.

En las márgenes del Savegre, los dueños de las fincas cercanas se disputan el cobro del peaje a las mercaderías y personas que usaban el área como paso. Gollo Gardela era uno de esos finqueros.

Doña Zoraida Jiménez tiene su parcela en las riberas izquierda y derecha del río al lado arriba del actual puente. Fabrica con sus hijos Enrique, Marcos y Rafa, carbón de mangle en su predio cercano a la costa y luego lo transportan en bote hasta el resbalón en donde es cargado en carreta. Entonces para no darle gusto a Gardela, Doña Zoraida manda a construir un enorme Bongo. El contratado es nada menos que Tabaquito quién con la guía de su maestro se hace cargo de semejante proyecto.

Tardan meses de ardua labor, primero seleccionando y cortando el enorme árbol, luego el trabajo más difícil que es extraer con hacha la parte interna mano a mano. Para colmo, el día de pago, los dos constructores se montan en la carreta y después cuesta que bajen. Hasta las herramientas empeñan. Por fin ante el apuro de la señora dueña, se concluyen las obras. Los carpinteros nuevamente están de tanda y no tienen dinero para pagar el transporte hasta el resbalón donde será echado al agua y probado el bote. Entonces Román Espinoza quien era el chapulinero, tuvo que financiar de su bolsa el viaje. Ya en el lugar, el joven botero Paco Pérez hijo de la dueña; prueba y da el visto bueno a la valiosa embarcación. Para suerte de todos, el enorme tronco ahuecado funcionó a la perfección y duro muchos años en servicio.

CAPITULO IV OTRAS ACTIVIDADES (MAS HISTORIAS)

1 Actividades Cotidianas

La apacible barriada despierta a un nuevo año. Aun apenas se reponen del crudo invierno que les tocó vivir. El verdor de las montañas está cambiando. Ha llegado el verano. Ahora vemos a lo lejos fondos amarillos, café y naranjas en el bosque que contrastan con el azul del cielo en

lo alto. Bandadas de aves y mariposas de diferentes colores y tamaño vuelan en todas direcciones en busca de alimento y apareo.

Los sencillos y labriegos pobladores descansan y recuperan fuerzas para enfrentar como siempre los nuevos retos que les trae el futuro. Don Patrocinio seca al sol sus famosos bananos pasa; solo él sabe cómo conservarlos tan dulces y frescos. Doña Umbelina prepara sus mieles en conserva de mango, mimbre o papaya que si se quiere pueden durar años sin dañarse. En el barrio el Mangal Don Chelo Arroyo, Don Hipólito Velásquez y Don Rafael Mora secan el pescado al sol que luego serán las delicias de las sopas santas.

Doña Pascuala prepara sus famosas cajetas de cacao y coco. Aún recuerda con añoranza como conquistó a Rafael allá en su natal San Antonio.

Don Francisco ya tiene lista su canoa de chicha de maíz con pejibaye la cual es secada por la frecuente clientela pero dos días después ya está de nuevo llena.

Por otra parte con los primeros aguaceros de canícula, los frijoles veraneros rompen sus vainas, es tiempo de recogerlos. Hay alegría en el pueblo, la cosecha ha sido buena tienen arroz, maíz, frijoles, cerdos, ganado, gallinas. Hay que dar gracias al creador por los buenos tiempos dice Don Aniceto “La naturaleza es generosa cuando se le cuida y se le trata con cariño”

2 Fiesta en la Playa

Don Edgar Barrantes el Gamonal del pueblo organiza la fiesta de acción de gracias en su casa de verano en la playa cercana a la boca del río Hatillo Nuevo. Todos están invitados. Hay cerdo asado, licor, música, regalos y helados para los niños. Y como buenos “huevo duro” nadie falta. Ver tanta gente alegre reunida, luciendo su mejor traje, algunos, otros simplemente con sus únicas botas, las de trabajo. Fue algo nunca antes visto por la mayoría de nosotros.

Recuerdo que en un momento ya bien atiborrado de carne sentí la necesidad de ir al “escusado” y pregunte ¿dónde quedaba este? Se me mandó a un cuarto donde había una taza blanca en el piso con un poco de agua bien limpia en su interior. Pensé que era una broma parte de la fiesta. Yo buscaba un hueco en la tierra con sentadero de madera, malos olores y sapos, olotes y gusanos. Con la caca ya casi saliéndose por mis pantalones que no eran ni largos ni cortos de viejos; me atreví a inspeccionar la taza y al tocar una palanca plateada que sobresalía a un costado, soltó un extraño ruido que nunca había escuchado y el líquido se escurrió por completo. Muy asustado pensé que había quebrado algo por donde se salió el agua y calladito salí soplando a hacer mi necesidad detrás de un palo de pipa.

Unos años después, en un viaje con mi madre a San Isidro descubrí en el Hotel Lala que aquello que me asustó tanto era un servicio sanitario.

Y volviéndome a la playa caso diferente pero igual de chistoso le ocurrió a mi hermana Yalile. Resulta que estando la fiesta de lo mejor, la niña empezó a dar gritos por un dolor de estómago, los señores preocupados le daban una cosa y lo otro, mi madre la alzaba, pero la güila no paraba de chillar hasta que en uno de sus chillidos se orinó y orinó y siguió orinando hasta que se le quito por completo el dolor.

Resulta que ante tanta emoción y fantasía nunca antes vista y de tomar tanto fresco, se desconectó de la realidad y para no perderse detalle de nada, se había olvidado hacer su necesidad y eso provocó que casi revienta su vejiga.

Al anoecer regresamos a la casa, muchos ya borrachos se desorientan y quedan de camino. Al amanecer del domingo aún se oye por ahí alguna guitarra trasnochada, alguien sigue su propia fiesta.

3 14 de Setiembre

Este era un acontecimiento que todo el pueblo celebraba con gran fervor cívico. Dirigidos por el maestro, niños y adultos hacían el recorrido de un río al otro entonando desafinadamente cualquier canción patria que se supieran. Los borrachines que nunca faltan solo gritaban. De camino algunos lugareños motivados por las luces y el bullicio, improvisaban con un palo y una canfinera su farol y se sumaban a la caravana. Entre cantos, chistes, aguardiente y algunos amoríos concluía el desfile.

4 Turno en Dos Bocas

Hay fiestas patronales en la campestre comunidad de Dos Bocas. Viernes, Sábado, Domingo y aún Lunes si queda licor y tamales. El equipo de futbol de Hatillo está invitado. Toda la muchachada asiste y algunos no tan jóvenes. Los más papudos van en bicicleta, otros a pata.

Guicho, Pablo y Emileth se han “robado” unos caballos de la finca de Saborío para hacer más cómodo el viaje. Pero no importa la forma, de camino hay mucha diversión con abundantes posas para calmar la sed, el calor, el sudor y el polvo del verano. También hay mucho árbol de guayaba, mango y guaba que nos quitaban el hambre. Durante el recorrido, algunos, lugareños conocidos nos ofrecen agua, leche o chicha. Otros se nos suman a la caravana. Más adelante nos tocó sacar de un zanja a uno de los viajeros ya pasado de tragos. Después de unos cuantos chapuzones lo reanimamos y lo montamos en mancas de uno de los caballos. Si lo hubiéramos dejado ahí no cuenta el cuento, estaba al borde de la poza El Cajón.

Al pasar el último río por dentro. El bullicio de la gente nos indica que hemos llegado. La sorpresa y la alegría son mayores cuando nos enteramos que un viejo conocido es el encargado de la música. Churisco Leitón ha sido contratado (solo él sabe cómo) para tan magno evento. Su grupo musical se compone de tocadiscos Phillips de dos bandas, tres discos de acetato o Long play, seis pares de baterías “Rayovac” un alicate, teipe y un rollo de alambre.

Pero que importa el equipo, solo él tiene los éxitos del momento: la perra, la culebra loca y llegó el lechero. Era todo un pegue, a los lugareños se les erizó la piel cuando ese aparato empezó a sonar y de inmediato llenaron la pista. Nadie sabe bailar pero no sienten vergüenza, están entre su misma gente y cada quien impone el ritmo que pueda: algunos brincan como matando zompopas a zapatazos, otros como pollo desnucado de un lado a otro sin ningún control.

Y entre bailes y amores, aguardiente y peleas, llegó la medianoche, el tocadiscos no aguantó más y empezó a echar humo. Pero el astuto músico tiene su plan B, para los intermedios e imprevistos trae un guitarrista, un cherepo y unas maracas y con ése el baile continúa.

Al otro día con un poco de sol en las baterías, cera de abejas como aislante y alambre, el aparato fue reparado y continuó el baile.

Hubo mucha gente ese domingo, todos querían oír en vivo aquellos éxitos musicales que solo conocen por la radio. Luciendo sus mejores galas: Los hombres con sombrero, botas de hule, pantalón de paletones tieso de almidón y el infaltable foco en la bolsa trasera. Las damas con vestidos verde amarillo y rojo llenos de vuelitos blancos cocidos todo a mano. Este año la costurera del pueblo posiblemente hizo plata: todos los vestidos parecen hechos siguiendo un mismo patrón y a partir de un solo rollo de tela.

Los potreros están llenos de caballos, en las orillas del camino bajo los palos de mango hay borrachines y trasnochados.

Al ser mediodía del domingo, reventaron las bombetas, los animales asustados ante tanto trueno y humo, arrancaron sus amarras y huyeron hacia todos lados golpeando a quienes intentaban detenerlos. Al anoecer, la fiesta aun continua pero los discos ya rallados, suenan como violín desafinado, la letra ya no se entiende y las baterías no aguantaron más. Y al acabarse la música, se enfría el baile y decidimos entonces regresar.

Dos de los compañeros de viaje han conseguido novia y trabajo en la cosecha de frijol y se quedan en el pueblo. Entonces hay más campo en los caballos. Uno de ellos se lo damos a churisco y su equipo. Y emprendemos el regreso, que importa la hora ni el camino, ya borrachos lo demás sobra. Lo único que nos interesa es llegar de noche para devolver los animales sin ser descubiertos. En la madrugada del lunes vamos llegando al pueblo, ya muy cerca del potrero de la finca les amarramos unas latas de sardina vacías en la cola y con un par de chilillazos en sus lomos, esos caballos salieron despavoridos y no pararon hasta llegar donde su amo. Solo hay uno que posiblemente no regresará: el músico fingiendo estar borracho, sospechosamente se ha quedado rezagado y no apareció por más que lo esperamos. Durante meses no se volverá a saber nada de él ni del animal.

Muy temprano en la mañana, Talí Barahona, el mandador de la finca está furioso, no por el caballo que falta; él cree que está por ahí en algún potrero vecino, sino porque ha llenado casi un saco con las latas de sardinas vacías que le han traído sus animales en varias ocasiones y no sabe quiénes son los de la broma. Posiblemente nunca lo supo, nadie dijo nada hasta ahora.

5 Primeros Ebais

El escaso conocimiento de las personas en conceptos como alimentación e higiene y la nula asistencia del estado en materia de salud (ningún médico los ha visitado hasta la fecha), están pasando la factura a la población. Enfermedades como el sarampión, tosferina, gastro, gripe, parásitos y otros atacan con mayor fuerza a los más vulnerables (adultos y niños). Algunos han pagado el precio más alto, entre ellos mi pequeña hermana Maribel a sus escasos dos años de edad. La familia esta devastada, más aún al saber que con un poco de ayuda y solidaridad de los demás se pudo haber salvado. Por qué nadie hizo nada? Como medir el sufrimiento ahora? No hay respuesta. Solo nos consuela el saber que todos morimos y al hacerlo abonamos la ilusión y la esperanza de quienes nos rodean.

No te olvidaremos hermanita, tendremos que aprender a continuar viviendo con ese pedacito menos de vida. Surge así en la conciencia colectiva la urgente necesidad de contar con algún tipo de asistencia médica y social, y también en materia alimenticia e higiene. Nuevamente con la guía del maestro se logra traer al pueblo todo un equipo en medicina general. Se instalarán en la escuela una vez al mes. Se nombra una junta de salud cuyo presidente casi que vitalicio fue Don Enrique Vindas y el primer doctor fue Don Armando Carrasco.

Por la experiencia que adquiere Don Enrique en esta materia y al ser cesado de sus funciones los famosos pastilleros, es nombrado como asistente en salud y brindará sus servicios en su casa de habitación. Un hecho que tomó relevancia después porque aquí se detectó lo que se catalogó como el primer caso oficial de paludismo en la región por medio del análisis de una muestra de sangre. Y el desafortunado portador era Chirivico Núñez.

Debo aclarar que el título de esta sección es solo para mejor comprensión pero en realidad antes no se llamaba así. Lo que existía en los pueblos eran Juntas de Salud formados por ciudadanos locales y eran quienes se encargaban de recoger los fondos para pagar por los servicios que se brindaban y la institución del estado se llamaba O.C.C.A.S.P. Oficina de Cooperación Costarricense Panamericana y de la Salud Pública. No entiendo por qué un nombre tan grande para un servicio muy noble y útil pero muy limitado.

6 Alianza para el Progreso

Menciono este capítulo quizá un poco aparte de nuestra historia porque creo que es digno de reconocer la visión de sus creadores y la gran labor social al brindar asistencia alimentaria a gran parte de la niñez de mi época, generalmente mal nutrida. Lo más noble de esta humanitaria misión es que viene desde muy lejos fuera de nuestras fronteras creado en los Estados Unidos en la administración del presidente Kennedy quién posiblemente conocedor de los serios problemas de nutrición en estos países inicia este programa que brinda alimentación en las escuelas, sean o no estudiantes. Recuerdo que me sabían riquísimas los quesos y los atoles que preparaba el maestro con la ayuda de algunas señoras. En muchos hogares ese era el único alimento que comían los niños en todo el día.

7 Primer Policía en Hatillo

Puriscaleno de sepa, Don Bernardo (Nardo) Badilla llegó a éstas tierras en la década del 50 a trabajar como peón en la siembra de cacao en la finca pastora. Tiempo después pasó a Barú siempre en actividades agrícolas. Luego llega a Hatillo como el primer policía del pueblo en la cantina de Aquileo Barrantes y después volvió a la agricultura y comercio de ganado donde adquirió su finca. Hoy en el ocaso de su vida, lo encuentro sentado en el corredor de su casa. Escudriña en el recuerdo buscando historias ya perdidas. Tiene muchas acumuladas en el transcurso de sus 80 laboriosos años. Quiere contármelas todas, pero el tiempo implacable ha borrado su memoria.

Hace una pausa, nos tomamos un fresco y luego me cuenta que junto a José Hurtado, su compañero de aventuras fundó el primer grupo musical de guitarra de la zona y recorría los pueblos deleitando a los lugareños. Luego agrandó su grupo y contrató a un acordeonista guanacasteco que no tenía instrumento. Entonces Don Nardo tuvo que entregar su vieja yegua por uno que apareció por ahí. Al despedirme me pregunta por uno de sus grandes

amigos... mi padre. Con un nudo en la garganta le contesto que ya no está, hace un mes murió.

8 Salón de Belleza

Pintoresco guitarrista, alegre y parrandero, valiente para el trabajo de campo. Por las tardes después de su jornada como peón agrícola, Don Abdón Trejos instalaba un banco de madera en el corredor de su humilde rancho y con unas herrumbradas tijeras y un saco de manta abierto de esos que venían con harina “tres espigas” abría su salón de belleza para hombres y niños. Las mujeres no cortaban su cabello en ese tiempo porque era mal visto o lo hacían a escondidas en su casa. Pero los varones si frecuentaban regularmente a Don Abdón ya sea para darse una arregladita o para enterarse de los últimos chistes del pueblo. La tarifa era variada. Valía desde 1 colon el corte “palo podrido” y pelado a rape valía 3 colones. Y entre chistes y anécdotas transcurría la tarde y llegaba la hora del cierre.

CAPITULO V PERSONAJES POPULARES

1 Mister Bendas

Uno de los personajes más enigmáticos y misteriosos que pasó por estas tierras fue Mrs. Bendas. Era un señor de raza negra alto, fuerte y grueso, de unos 50 años. Inteligente y conversador pero muy reservado. De su persona no decía más que unos pocos datos. Comía y dormía donde le dieran o le vendieran algo. Cargaba al hombro varias maletas de sacos de manta con golosinas, ropas, medicina, navajillas, joyas, relojes y varios chécheres más. Después de varias veces de venir al pueblo, ya con un poco de confianza nos dice su nombre y parte de su historia.

Adán Bendas Lincer oriundo del caribe Venezolano, descendiente de esclavos traídos a trabajar a las agrestes selvas petroleras del Orinoco. Se abrazó a la religión para escapar de sus dueños y llegó a éstas tierras predicando el evangelio y vendiendo revistas de los testigos de Jehová. Aquí descubrió que su vocación era el comercio, vestía un poco andrajoso como mendigo pero posiblemente era por seguridad porque portaba bastante dinero y compraba las piezas de oro que le vendía Álvaro Meza, Gustavo Espinoza y otros. En un segundo viaje traía hermosas cadenas que según él, eran fabricadas con las piezas que había comprado. Un día se despidió de mí, y siempre esperé con ansias su regreso porque me había prometido un carrito de madera que según el mismo construía... Y pasé mi niñez esperándolo pero nunca más volvió.

2 Maracapo

Yo me llamo Esteban pero aquí me dicen otro nombre y suelta una risotada. Vengo de allá arriba y tengo 150 años le dice a Yeick el gringo que vino para quedarse entre nosotros. Lo que si es cierto es que éste personaje es bastante viejo, mucho más de lo que aparenta. Esteban Obregón Peralta nació y vivió sus primeros años allá en Uvita posiblemente a inicios de siglo. Hijo de Juana Obregón Peralta y Rumberto Villegas, fue un niño torpe y retraído. Sus padres creyendo que es por brujería, lo descuidaron casi que en abandono. El niño apenas pudo caminar empezó a vagar por diferentes lugares donde le dieran cobijo y cariño. Uno de esos hogares fue el de Daniel Ríos Lezcano conocido como cucaracho.

En esas andadas llegó a Hatillo hace a muchos años y aunque algunas veces alguien en plan de broma o trabajo, se lo llevaban lejos. Es como perder un gato apenas puede regresar con o sin ayuda. Así lo han llevado hasta Limón. Hay muchas historias y anécdotas sobre Esteban. Se dice que se aprovechaba cuando Abdón Tejos estaba borracho en la cantina, Maracapo se le robaba la mujer y producto de esa relación hay una hija que vive actualmente en San Isidro.

Otra historia es que se coló en la famosa migración a Jiménez y para no pagar su pasaje de lancha, se dejó meter dentro de un saco para que Rigo (Chopo) Orozco lo pasara como parte de sus maletas. Y pareciera que Remberto recibió el castigo divino por su negligencia al abandonar a su hijo porque dada su adicción fue cambiando poco a poco su tierra por licor, tierra que pasó a manos de Luis Sibaja.

3 Pastilleros

Inmediatamente después de la llegada de los primeros Ebais, el gobierno alertado ante la amenaza de enfermedades de transmisión social; nombra a los famosos pastilleros en las zonas rurales. Estos eran ciudadanos de las mismas comunidades que recibían entrenamiento básico en atención paramédica y preventiva y se encargaban de llevar un control familiar con datos generales de todas las personas del pueblo.

Tomaban muestras de sangre y daban pastillas desparasitantes y otros preventivos. Digna de resaltar la labor social de éstos muchachos aunque no siempre eran bienvenidos. Los niños le tenían miedo porque nos sacaban sangre con lapicero que le ponían a uno en la yema del dedo. Las mujeres se escondían porque les daban a tomar unas pastillas verdes que provocaban mareos y vómitos.

Uno de estos pastilleros era Colachito Espinoza y cuando él llegaba, nadie tenía necesidad de esconderse, simplemente se dejaban la pastilla bajo la lengua para luego botarla y él no lo notaba. Lo que siempre cuestioné de esta labor preventiva es que toda la niñez de mi época fue desnutrida y llena de parásitos por ignorancia o por necesidad pero poco se hizo para corregir esto. Lo otro es que toda mi generación llevamos una marca al final del hombro por una vacuna que siempre en todas las personas se infeccionó y hubo quienes casi pierden su brazo.

Otro de los pastilleros oriundo de este pueblo fue Juan Montenegro (Juanico) pero menos conocido porque con frecuencia era trasladado a otras regiones. Al agotarse el presupuesto de este programa, se nombró únicamente a Don Enrique Vindas como encargado general de toda la región.

CAPITULO VI ANECDOTAS

1 Colchones en lugar de Navidad

En medio de pobreza y penurias la vida continúa, hay momentos dulces y otros muy amargos. Ya somos 7 en familia y todos dependemos del salario de peón y operador agrícola de mi padre. El dinero es poco, si acaso alcanza para comer, de todas maneras, no hay mucho en

que gastar, no hay consumismo. Las familias tienen cuando mucho un radio a baterías, no hay electrodomésticos. Unos pocos tienen reloj de esos que se usaban en la bolsa amarrados con una cadena pegada al pasafajas. En diciembre se viaja a Pérez Zeledón a comprar la ropa de todo el año (una mudada si acaso). Algunos logran darse un pequeño lujo: comprar su bicicleta.

Mi madre esta vez no pudo darnos el esperado estreno. Con su pequeña venta de comida y algunas gallinas, logró reunir unos ahorritos y los invirtió en comprar por primera vez tres colchones de zacate que fabricaba un señor de apellido Quintanilla. Era una delicia el cambio de cama de cartón a zacate aunque a veces había que levantarse para acomodarse a puñetazos, los pedazos de escobilla que se le metían a uno en la espalda. También recuerdo que logró comprar dos cobijas de esas que usaban de peleros en los caballos, para sustituir los sacos de manta y gangocha que ya están muy ahuecados.

2 Corta de Arroz a mano

Después de la cosecha del arroz, sobran unas orillas sin cortar porque la máquina no entra por lo incómodo para dar vuelta o por lo fangoso del terreno. El dueño del sembradío regala a la gente ese sobrante, solo tienen que ir a seccionarlo y cortarlo a mano. En esta ocasión hay bastante en el arrozal de Don Edgar Barrantes.

Mi padre no está, viaja cada 15 días a trabajar a Llorona en la compañía bananera. Mi hermano Tino y yo que aún somos niños, comprendemos las necesidades de nuestro hogar y nos vamos a cortar ese arroz. No sabemos cómo se hace, Don Enrique Vindas y Chepo Vargas nos enseñan el oficio. Primero se cortan varios rollos con hoz que era una especie de serrucho en curva y se deja al sol. Después de algunas horas esos rollos son golpeados contra el suelo para separar la granza de la mata. Por último se lleva en sacos hasta el lugar donde será pilado para obtener el grano limpio. Este proceso aún se hace a mano en pilones de madera, aunque ya hay máquinas a motor. Como a los cinco días de trabajo hemos cortado varios rollos que una vez pilado no dan casi un saco del grano. Estamos felices, nunca habíamos visto tanto arroz solo para nosotros. Con eso comemos un año pensábamos Tino y Yo.

Mi padre ha vuelto nos felicita y nos dice: se han ganado un diez. Mi hermano confiado en el pago de ese 10 compra a Gerardo Arroyo un aro de bicicleta de esos que usábamos para ir a hacer mandados. Ese era el único juguete que nos obligaban a llevar cuando nos mandaban a la pulpería. Lo que no entendimos a mi Padre es que el pago era un simbólico diez al comportamiento porque nunca nos dio nada en efectivo. Al final tuvimos que devolver el aro.

3 Fábrica de Licor

Durante el transcurso de la historia, el ser humano siempre ha experimentado y le ha gustado el poder alucinógeno y embriagante de las drogas. Nuestra familia no es la excepción. En un lugar cercano a la costa, en un manglar que creíamos inaccesible porque ni monos ni cocodrilos entraban, instalamos poco a poco el equipo para fabricar licor sobre un pequeño montículo de tierra firme o islote. Todo alrededor está rodeado de manglar y agua salada. El único acceso era un laberinto abierto a propósito entre el raicero, y el barro y se hacía en un pequeño bote. También habíamos instalado una cama y una cocina equipada bajo un techo plástico. En una ocasión los dos peones de Don Aniceto, Silvestre y Capullo se habían

ausentado de su trabajo durante dos días. Al tercer día los encontraron todavía borrachos en la pequeña fábrica. Para entrar habían atisbado al dueño en días anteriores y después llegaron pero no habían podido salir.

Caso similar le ocurrió a mi tío Juan: No acostumbrado a éstas labores ya que se dedicaba a la sastrería; un día se le antojó ir a la fábrica a tomarse un trago sin percatarse que la policía previamente alertada por alguien, lo estaba esperando y lo siguió. Esperaron un rato y después al llegar lo encontraron dormido y borracho en la improvisada cantina, y lo arrestan. Sin quererlo Marcial (Tabaco) el verdadero dueño de la fábrica tuvo que dar la cara e ir a la cárcel a pagar su delito.

4 Soda de Mi Madre

Siendo yo aún niño recuerdo que mi madre abrió una venta de comida en el corredor de nuestro humilde rancho de piso de tierra y techo de palma. El menú principal y único era arroz, frijoles, plátanos y huevos a veces pollo o pescado y fresco caliente de Kool-aid. El único cliente fijo era el maestro Rulamán Arce. En algunas ocasiones llegaban Mrs. Bendas y Don Servandó Orozco pero para colmo éstos no venían a comparar sino a pedir. Este último a veces traía una carga de leña al hombro pero entonces en ésta ocasión no aceptaba comida, solamente pedía unas cuantas monedas y se iba directo a la cantina. Para terminarla de arreglar, ésta comida si nos gustaba más que la que nos daba nuestra madre y en sus descuidos le limpiábamos las ollas.

5 De Pesca con el Maestro

En la década de los 70 vino un nuevo maestro a la escuela. Se llamaba Víctor Delgado, oriundo de Heredia. Viajaba poco a su ciudad natal por lo que rápidamente hizo amistad con los lugareños. Nos cuenta que es aficionado a la pesca. De joven vivió cerca al río Virilla y ahí perfecciono su arte sacando guapotes y mojarras. Una noche de octubre decidimos llevarlo al mar para que mostrara sus habilidades en éste nuevo ambiente. Como es temporada quisimos también enseñarle el desove de tortugas, cosa que nunca ha visto. Le acompañamos Pablo Espinoza, Emileth Vargas, Guicho Montenegro y otros que no recuerdo. A pesar de no estar acostumbrado al fangoso y oscuro camino y que se ha caído como tres veces, seguía de buen humor y nos cuenta que en un turno de despedida de su anterior escuela, se comió unos chicharrones y se le quebraron dos dientes por lo que rápidamente le pusimos un apodo. Como no se enojó entonces le seguimos llamando cariñosamente “tres muelas” aunque no delante de él.

Después de unas horas de pesca está aún más feliz porque ha visto las tortugas y ha sacado un hermoso robalo. Pero a falta de costumbre está cansado y con frío. Le explicamos que tenemos que esperar algunas horas para regresar porque la marea está llenando aún. Le improvisamos un camastro en alto sobre unos troncos y lo acostamos cubierto con un gangoche y un plástico para que descansa mientras nosotros continuamos pescando para hacer tiempo.

La sorpresa fue que al regresar como a las dos horas el maestro no está en su cama ni se ve nada alrededor. No es posible que haya regresado solo, nos separamos para buscarle. No

debe de haber caminado mucho porque de noche en un manglar que no se conoce, todo se ve igual, además su foco estaba muy bajo.

Ya en la madrugada al mermar un poco el ruido del oleaje, escuchamos unos gritos en lo alto de unos árboles de mangle. A la distancia parece un gran mono colorado, pero nos está llamando. Es el maestro metido en el saco de gangoche y enredado entre las ramas del árbol. Tembloroso y mojado y entre las risas de nosotros pero alegre de vernos nos cuenta que al levantarse a orinar sintió el agua subiéndole por los tobillos y como estaba lloviendo pensó que el río se había desbordado. Al intentar regresar se desorientó y no pudo encontrar tierra firme por lo que se subió al árbol a esperarnos y cuando se estaba enredando en las ramas para estar más cómodo, se le cayó el foco y a oscuras no se animó a bajar. Y como que este pueblo es imán para los maestros porque Don Víctor también ancló su nave y tiró sus redes aquí...

6 La Casona de Mis Abuelos

Cuanto añoro la gran casona de madera sin pintar de mis abuelos allá en el Alto Palma Quemada, aún recuerdo como en tiempos de verano, el aire silva alegremente por los amplios corredores de barandas y la lluvia acogedora en las tardes invernales nos hacía soñar entre recuerdos idos y esperanzas vivas. Muchas cálidas noches me dormí aquí con el arrullo acogedor de los cantos de los grillos y las ranas. Y al amanecer el refrescante despertar de los gallos y los congos a lo lejos. Y muy temprano en el potrero la vaca llamando a ser ordeñada.

Recuerdo que una vez muy niño le dije a mi abuelo, -hoy no voy a amarrar los terneros, me duele el estómago. Me revisó un poco luego se fue al bosque con un cuchillo. Al rato regresó con unas hierbas, las machaco con una piedra, les hirvió, luego me las dio a tomar y al ratito me alivié. Un día mientras daba mis primeros pasos por las hermosas montañas de su finca me dijo: lo invito a almorzar. Yo pensé que estaba bromeando porque no llevaba más que un machete en sus manos. Me dijo espéreme aquí y al ratito volvió con unas papayitas amarillas que llamó "tapaculos". Luego trajo unas palmeras y sacó su suave y blanco corazón y me dijo son súrtubas.

Luego cortó un bejuco y escurrió en su calabazo casi medio litro de agua fresca y cristalina. Y sobre unas hojas de bijagua en el suelo comimos. Y es que cuando las cosas se toman con el interés de aprender todo sabe aún mejor. En sencillos momentos me ha dado lecciones de medicina y supervivencia, además del gran ejemplo de toda su vida. Hoy he vuelto al lugar donde crecí y aunque aún se oyen las ranas y los grillos a lo lejos, ya no está la gran casona de madera. Mi maestro ya se ha ido, se ha llevado consigo un pedazo de mis sueños, las lapas, los congos y sus historias que ya no podrá contarme. Quisiera dormirme en este lugar e irme con ellos abuelito dónde estás?

7 Entierro en la Playa

El yeep era un pequeño vehículo militar de transporte usado por el ejército Estadounidense. En nuestro país fue muy apetecido por su maniobrabilidad, fuerza y bajo precio. Don Edgar Barrantes trajo uno para uso en su finca. En una ocasión, se lo presta a sus peones Francisco Montenegro, Manuel Chinchilla y Toño Zoncolla que se van de parranda a la cantina del pueblo. Les acompañan las damas María, Martha y la Yiyo Perla. Un rato después deciden ir a

la casa de verano de su patrón en la playa del Hatillo Nuevo. Es posible que él también se sume al grupo. Luego se van a seguir la fiesta a la Playa El Cocal (actual playa Guápil).

En la tarde ya entrado la noche, todos están tomados y cansados, deciden regresar. Se percatan entonces que las luces del auto no funcionan y las mujeres no encuentran sus ropas. Toño Zoncolla las escondió bajo los asientos pero ya a oscuras no recuerda el lugar. Ya borrachos nada importa y así regresan con la poca luz de un pequeño foco. Al intentar cruzar el río, se desubican y ya dentro del cauce, el carro empezó a hundirse en la suave arena. A como pueden saltan al agua cargando a las mujeres desnudas. Piensan en ir a buscar ayuda para el rescate pero la marea está creciendo y pronto cubre el lugar de agua y arena.

Además, durante la noche llueve, el río creció y borró toda huella visible. A la mañana siguiente, los engomados peones vuelven con palas y ayuda pero por más que escarban y buscan, no encuentran nada. El mar cobró su peaje, ahí quedo enterrado para siempre el pequeño Yeep llevándose consigo los trofeos femeninos escondidos bajo el asiento. Por otra parte nuestros amigos aún golpeados por semejante torta tuvieron que trabajar horas extras durante meses para pagar el costo de su amorosa aventura. Un tiempo después ocurrió un hecho insólito, la naturaleza resintió la presencia de aquel cuerpo en sus entrañas y de entre las saladas arenas emergieron restos corroídos del pequeño vehículo. Nuevamente las hábiles manos de un artesano del motor como Manuelito Chinchilla, rescataron y volvieron a la vida el corazón del Yeep, ésta vez en otro auto.

8 Atropellos Insólitos

Siempre oímos hablar de choques entre vehículos o de autos que atropellan personas, pero oír hablar de choques entre personas a pie o gente caminando que se estrelle contra algún vehículo es un hecho risible pero ha ocurrido. En aquellos años, Juanico Montenegro se dirigía a su habitual cita nocturna a la casa de Toñito Agüero ubicada en el extremo oeste del pueblo. Camina a oscuras para no ser descubierto; al paso de la costumbre se conoce el trayecto piedra por piedra. Se orienta en algunos tramos por la silueta de los árboles proyectados contra la claridad de las estrellas. Al pasar por el sector que llamaban el palo de guaba la oscuridad es total, la arboleda es tan densa que no dejan ver ni la palma de las manos, Juan apura el paso porque se dice que aquí asustan.

Y de veras que se asustó porque chocó de frente contra algo que no hizo ruido pero soltó un pujido en el porrazo. Ya al oírlo hablar, le volvió el alma al cuerpo. Era Pija quien se dirigía al pueblo en sentido contrario y pegaron tan fuerte que a éste se le cayó la plancha dental. Por más que palparon con las manos no encontraron nada esa noche. Al otro día bien temprano, el angustiado dueño volvió por sus dientes y así llenos de hormigas y basura nomás lo sopló un poco y rápidamente se los puso como si nada.

En el siguiente choque el protagonista es nada menos que el famoso Tabaquito Espinoza. Llegó herido al hospital y se reporta cómo accidente de tránsito. Al preguntarle el inspector por la placa del vehículo que lo golpeo, resulta que no hay tal vehículo y relata que se dirigía a pie de noche para su casa y se tropezó o atropelló a una bicicleta que alguien había dejado ahí, con tan mala suerte que al caer se le incrustó un pin del pedal en su pierna causándole un fuerte desgarró del músculo y mucho sangrado. --Esto no es accidente de tránsito, le dijo el inspector. Usted tiene que pagar su atención porque esto no lo cubre el INS.